

conde de San Esteban, á quien hizo mariscal de campo, y que por seguirle á la campaña dejó la capitania general de Aragon, y con él fué tambien el secretario don Melchor de Macanáz. Y prosiguiendo el rey su jornada, llegó á Caspe, donde le esperaba el mariscal de Tessé (14 de marzo, 1706).

El plan, inspirado y aconsejado por los franceses, era marchar y caer simultáneamente sobre Barcelona, el rey con las tropas de Aragon, Valencia y Castilla, por la parte de Lérida, el duque de Noailles con un ejército francés por el Ampurdan, y por mar la armada del conde de Tolosa; con la idea de que, tomada Barcelona y hecho prisionero el archiduque, se rendiria todo el Principado, y aun los reinos de Valencia y Aragon. El proyecto no parecia malo, si hubiera sido posible prevenir todas las eventualidades, y si no quedáran á la espalda tantos paises enemigos ⁽¹⁾. An-

»mantenido en el reino animando
»á todos los rebeldes, y concitan-
»do á los labradores y peñales de
»las parroquias de San Pablo y la
»Magdalena, que fueron los que
»ejecutaron la maldad contra las
»tropas, sin duda alguna no hu-
»biera habido en el reino movi-
»miento alguno.» Memorias ma-
»nuscritas, cap. 43.

(1) Don Melchor de Macanáz atribuye á los franceses un desig-
nio siniestro en esta combinacion,
á saber, el de arruinar la España,
y que quedara en ella de rey el
archiduque, pero tan decaida que
no pudiera hacer nunca sombra á
la Francia: y dice que entraban
en este propósito el duque de Bor-

goña, el de Noailles, el mariscal de
Tessé y otros gefes franceses. En
este mismo sentido se esplica en
varios lugares el marqués de San
Felipe, y estos planes se vieron
despues por desgracia harto con-
firmados; por lo que no deja de
ser extraño lo que respecto al caso
presente afirma Belando, á saber
que celebrado consejo, el maris-
cal de Tessé fué de opinion que
convenia someter antes á Lérida,
Monzon y Tortosa, para tener
guardadas las espaldas en el caso
de no salir con la empresa, pero
que se opusieron los oficiales es-
pañoles por lo fácil que juzgaban
la rendición de Barcelona. Histo-
ria Civil, tom. I. c. 47.

tes de salir de Caspe concedió el rey un indulto general amplísimo á todos los que volvieran á su obediencia dentro de un término dado, y este bando le hizo introducir y circular por Cataluña: pero este acto de política y de generosidad fué atribuido por los catalanes á miedo, y le recibieron con menosprecio y desden.

Al tercer dia (17 de marzo, 1706), partió el rey de Caspe con el ejército, y haciendo cortas jornadas deteniéndose en algunos puntos por esperar á que se le incorporáran mas tropas, pasó el 2 de abril el Llobregat, y desde las alturas de Monserrat divisó la armada del conde de Tolosa, compuesta de veinte y seis navíos de línea y muchos trasportes, que estaba ya en la bahía de Barcelona. Al dia siguiente puso su ejército en batalla cerca de la ciudad, y encontró ya acampado á la otra parte al duque de Noailles con el ejército francés. Todo hasta aqui habia correspondido exacta y puntualmente á la combinacion. El de Tolosa comenzó á desembarcar provisiones de boca y guerra en abundancia, ocupando la Torre del Rio; el de Noailles se situó en el convento de Santa Madrona, á la falda de Monjuich; el rey celebró consejo, en el cual por acuerdo de los generales é ingenieros franceses se resolvió atacar el castillo, cuya operacion comenzó el 6 (abril), mas con mala direccion y poco fruto. Empeñóse Felipe en reconocer por sí mismo los trabajos en medio del fuego de los morteros, cañones y

fusiles enemigos, y como los cabos todos le disuadieran de aquel pensamiento por los peligros que iba á correr su persona: «*Donde suben los soldados á hacer el servicio, respondió, bien puede subir tambien el rey.—Pero soldados hay muchos, le replicaron, y rey no hay mas que uno.—Eso no es del caso,*» contestó. Y subiendo animosamente aquella tarde (13 de abril), reconoció todas las obras; mostróse poco satisfecho de ellas, pero admirando lo que habian trabajado los soldados, les mandó dar veinte y cinco doblones, y otros tantos á los artilleros.

Hallábase en la plaza el archiduque con escasa guarnicion; pero el conde de Cifuentes salió á levantar el pais, cosa que logró fácilmente, de modo que los nuestros no podian ya dar un paso fuera de su campo. Juntóseles el principe Enrique, landgrave de Hesse, con la guarnicion de Lérida, cuya frontera mandaba. El ingeniero francés, que tan mal dirigia los ataques del campamento real murió de un balazo (18 de abril). Reemplazóle con ventaja un ingeniero aragonés llamado don Franciseo Mauleon, con lo que pudo el marqués de Aytona tomar las obras exteriores del castillo, hacer doscientos prisioneros ingleses, con cinco piezas de artillería, y en este combate murió el comandante del castillo, milord Dunnegal (21 de abril). En esto se oyó tocar á somaten las campanas de Barcelona: á poco rato se vió salir de la ciudad ondeando el estandarte de Santa Eulalia mas de diez mil personas, hom-

bres, mugeres, muchachos, frailes y clérigos, que subiendo en tres columnas empeñaron un vivísimo y sangriento combate con las tropas; hubo necesidad de desalojarlos á la bayoneta, con muerte de cerca de seiscientos, arrojándolos hasta las puertas de la plaza: el marqués de Aytona corrió grandes peligros: una bala le llevó el sombrero; el mariscal de campo y brigadier que con él estaban fueron heridos, y todos sus ayudantes quedaron reventados del trabajo.

Los dias siguientes se atacó y bombardeó resueltamente la plaza y el castillo á un mismo tiempo por mar y por tierra. Mas cuando ya se habia comenzado á romper la muralla, la mañana del 7 de mayo (1706) tres salva^s de artillería y algunos voladores de fuego anunciaron á los de la plaza el arribo de la escuadra anglo-holandesa compuesta de cincuenta y tres navíos de línea. La del conde de Tolosa, que se reconocia inferior, se apresuró á retirarse á los puertos de Francia. Golpe fué este que desconcertó á los sitiadores, y mas cuando vieron que desembarcaban ocho mil hombres de la armada enemiga, y la prisa que se dieron los de dentro á cerrar la cortadura del muro. Pero no fué este solo el contratiempo. A los dos dias llegó al rey la funesta nueva de que los portugueses habian tomado la plaza de Alcántara con ocho batallones de nuestra mejor infantería, y que se proponian marchar á la córte, sin que hubiera fuerzas que pudieseran impedirlo.

A vista de tales desastres celebró el rey otro consejo (10 de mayo, 1706) para deliberar si se habia de dar el asalto á la plaza, ó se habia de levantar el sitio. Pesados los inconvenientes de lo uno y de lo otro, se resolvió lo segundo. Discurrióse tambien por dónde convendria más hacer la retirada, y considerada la situacion de Cataluña y la poca confianza que el Aragón ofrecia, túvose por mas seguro retirarse por el Ampurdan y el Rosellon. Levantóse, pues, el campo de noche y sin tocar trompetas ni timbales, pero incendiando todas las casas del contorno, y dejando prendidas tambien las mechas de las minas que tenian hechas al castillo, bien que una sola reventó, llegando los de la ciudad á tiempo de apagar las otras. Oscura la noche, estrecho el camino y lleno de precipicios, ramblas y barrancos, en desórden las tropas, ya era harto desastrosa la marcha del ejército, cuando apercibiéndose de ella los enemigos se dieron á perseguirle y hostilizarle por alturas y hondonadas. Para mayor infortunio se eclipsó al dia siguiente el sol, se encapotó el cielo, y creció la confusion y el espanto, que la preocupacion abultaba, como á la presencia de tales fenómenos acontece siempre. A fin de hacer mas desembarazada la huida se abandonó toda la artillería, todas las municiones, vituallas y bagajes ⁽¹⁾. Aun

(1) Lo que quedó abandonado y en poder de los rebeldes fué: ciento seis cañones de bronce; veinte y siete morteros del mismo metal; mas de cinco mil barriles de pólvora; seiscientos barriles de balas de fusil; mas de dos mil bombas; diez mil granadas reales; in-

asi continuó siendo lastimosa su retirada, picándoles la retaguardia, y coronadas siempre las montañas de miqueletes, incendiando ellos poblaciones y campos, y todo lo que encontraban por delante. Al fin el 23 de mayo llegó el rey á Perpiñan, con seis mil hombres menos de los que habia llevado á Cataluña.

Tal fué el resultado desgraciadísimo del sitio de Barcelona ⁽²⁾. Escusado es ponderar lo que celebraron

numerales de mano; ocho mil picos, palas y zapas; cuarenta mil balas de cañon; diez y seis mil sacos de harina; gran cantidad de trigo y avena; mas de diez mil pares de zapatos; muchos hornillos de hierro; la botica con todas sus provisiones; demas de quinientos soldados enfermos en el convento de Santa Engracia.—Macanáz, Memorias manuscritas, c. 49, p. 37.—Feliú, Anales de Cataluña, lib. XXIII.—Conde de Bobres, Historia manuscrita.—Marqués de San Felipe, Comentarios de la Guerra Civil, tom. I.—Relacion del sitio de Barcelona, Tomo de varios.

(1) Para la relacion de este suceso, hemos seguido las Memorias de don Melchor de Macanáz, que iba de secretario del general conde de San Esteban.

Los barceloneses imprimieron y publicaron por su parte un Diario de todo lo acaecido en este célebre sitio. Este Diario conviene con las memorias de Macanáz en todos los principales hechos, pero añade noticias sumamente curiosas de lo que pasaba dentro de la ciudad y en el pais dominado por la rebelion, lo cual no podian conocer los que estaban en el ejército real. Cuéntase en él, por ejemplo, que en consejo de guerra se resolvió que el archiduque saliera

de la plaza para que no se expusiese su persona á los trabajos y peligros de un asedio, y asi se lo participó él á la ciudad, á la diputacion y al brazo militar, pero que estos tres cuerpos le instaron tanto á que se quedase, ofreciendo sacrificar todos sus vidas por él, que al fin se resolvió á no salir: que una noche muchas personas religiosas vieron sobre el castillo de Monjuich un meteoro en forma de la Cruz de Santa Eulalia, pero de nuestro ejército (dice el mismo Diario,) ninguno le vió: que los religiosos de todas las órdenes ocupaban por las noches sus puestos en la muralla, armados, formados y con sus cabos, como si fuesen tropas regladas, y por las noches andaban por la ciudad rondas compuestas de dos canónigos y diez clérigos cada una, con lo cual se evitaron muchos desórdenes: da cuenta de los cabos que mandaban cada cuerpo; de los refuerzos que cada dia entraban por mar y por tierra, asi de los aliados, como de los somatenes del pais; de cómo contribuia cada corporacion, cada gremio y cada clase de la ciudad para los mantenimientos; de los puntos que cada dia se tomaban ó perdian; de los desertores que entraban; del arribo de la armada de los aliados; de la desastrosa reti-

este triunfo los catalanes y los aliados. El rey, despues de descansar dos dias en Perpiñán, dando tiempo á que fueran llegando las tropas, y dejando las órdenes convenientes para que le siguiesen, encomendádoles al caballero Dasfeldt, porque ya ni del mariscal de Tessé ni de otros generales se fiaba ⁽¹⁾, y participándolo

rada de las tropas reales etc.: todo con pormenores y circunstancias, en que á nosotros no nos es dado detenernos.

Este Diario es en general exacto y verídico, si se exceptúa en lo de dar siempre la ventaja de todos los encuentros á los catalanes, y en lo de exagerar los muertos del campo enemigo y disminuir el de los suyos, defecto en que incurrren por lo comun los escritores de todos los partidos. En él se llama siempre Carlos III. al archiduque, y duque de Anjou al rey don Felipe. Al hablar de este Diario, vuelve á insistir Macanáz en su idea, de que tanto los generales franceses del ejército de tierra, Tessé, Noailles y el ingeniero general, como el almirante de la armada conde de Tolosa, pudieron tomar la plaza, pero no quisieron, ni fué este nunca su propósito, sino debilitar las fuerzas de España para que quedará en ella el archiduque, y supone que al efecto se entendian secretamente con los gefes de los aliados. Entre otros cargos, al parecer no destituidos de fundamento, que les hace, es una la conducta de la armada francesa, que estuvo permitiendo entrar en la plaza socorros de hombres y de víveres, y que pareció faltarle tiempo para abandonar la bahía tan pronto como avistó la de los aliados, sin intentar combatirla, ni embarazarla siquiera.—

Memorias, cap. 50. párr. último.

(1) «Deciase en esta ocasion (dice Belando,) ser la intencion del mariscal de Tessé que el rey don Felipe V. se quedára en Francia, y que para ello era su persuasion diciendo: que pues estaba S. M. en el reino que pasase á París á visitar al abuelo. Esto se dijo de Tessé, y asimismo se creyó que las persuasiones del rey Cristianísimo hubieran sido para que el nieto consintiese en el nuevo proyecto de paz que habian ideado y propuesto los aliados. Esta propuesta se reducía á dar al rey don Felipe los Estados que la España poseía en Italia, con las islas de Sicilia y Sardeña, y al señor archiduque Carlos la España con la América, dejando indeterminado para el de Baviera la Flandes, y para el emperador los Estados de este duque elector. Todo era en cierto modo efectuar la imaginada division de la monarquía de España: mas el monarca don Felipe V., con su ya conocida constancia, respondia siempre: «Que no habia de ver mas á París, resuelto á morir en España.» Bien conocia S. M. el traidor sistema, pero lo disimulaba su modestia, para no permitir jamás asiento ni entrada al espíritu turbador.» Hist. Civil, tomo I. c. 49.

«Porque tenia orden (dice Macanáz,) del duque de Borgoña de llevar al rey á París, de donde no

todo al rey de Francia, su abuelo, partió á la ligera para Madrid, por Salces, Narbona, Carcasona, Tolosa, Pau, San Juan-de-Pié-de Puerto, Roncesvalles y Pamplona, llegando á Madrid el 6 de junio (1706), en cuyos habitantes encontró, á pesar de la desgracia, la buena acogida que le habian hecho siempre.

En tanto que esto pasaba en Barcelona, la guerra civil ardia vivamente en el reino de Valencia. Habia poblaciones cuya decision por la causa del archiduque rayaba en entusiasmo. En cambio el reino de Murcia se distinguia por su acendrada lealtad á Felipe V. Pueblos hubo que se hicieron famosos como el de Hellin, el qual, no obstante ser lugar abierto, resistió heroicamente á diez mil rebeldes mandados por Nebot y Tárraga, hasta que cortada el agua, y viendo que enfermaba casi toda la poblacion y milicia, tuvo que rendirse ésta prisionera de guerra, pasando despues mil trabajos aquellos hombres valientes y leales, ya en Valencia, donde solo los alimentaban con algarrobas como á las bestias, ya en Denia, donde sufrieron todo género de tiranías, ya en los caminos, por donde los llevaban enteramente desnudos y amarrados con cuerdas, prefiriendo los martirios y la muerte á faltar á su fidelidad. En Valencia, desde que el conde de Peterborough regresó á Barcelona con motivo del asedio, el conde de Cardona, que era virey

se le dejaria volver; lo que el rey guar.» Memorias, c. 49. entendió, y le fué facil averi-

por el archiduque, dió un plazo de veinte y cuatro horas para que pudieran salir de la ciudad todos los afectos á Felipe V., y así lo realizaron muchos nobles y personas distinguidas, que pasaron á incorporarse á las tropas reales, no haciéndolo otros por no permitírseles sacar bagages ni propios ni agenos.

El conde de las Torres, con la escasa fuerza que le habia quedado, y con las milicias de Murcia y los dragones del brigadier Mahoni, hacia esfuerzos prodigiosos, y se movia con una actividad infatigable. Despues de haber hecho un cange de prisioneros quemó algunos lugares y sometió otros, entre ellos la villa de Cullera, de que le hizo merced la reina con el título de marqués, cuyo marquesado confirió antes el rebelde Basset á su madre, y le otorgó ademas la famosa Albufera de Valencia. Animado con esto el de las Torres, intentó apoderarse de Játiva, la segunda poblacion de aquel reino, llevando toda la fuerza disponible, con cuatro piezas de campaña (mayo, 1706). Pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos. Defendía Basset la ciudad. Basset era una especie de ídolo para todos los valencianos partidarios del archiduque: las poblaciones rebeladas le tributaban cierta adoracion, y él poseia el arte de inspirar y mantener el entusiasmo en las personas de todas las edades y estados. Así fué que en Játiva los eclesiásticos como las mugeres, y las mugeres como los niños, todos hacian oficios de soldados, todos trabajaban en las obras de defen-

sa, todos combatian, con armas, con piedras, con todo género de proyectiles: hubieran muerto el último párvulo y el último anciano antes que rendir la ciudad ó abandonar á Basset. Entraron en la plaza muchos socorros de ingleses y valencianos; súpose y se celebró el desastre del ejército real en Barcelona; túvose noticia de haberse apoderado los portugueses de Alcántara; todo era regocijo y animacion dentro; y como por otra parte le informasen al conde de las Torres de que los enemigos amenazaban venir sobre Madrid, tuvo que retirarse abandonando la empresa (24 de mayo, 1706), despues de quince dias de ataques inútiles, para incorporarse á los que habian de detener la marcha de los aliados á la capital del reino.

Era por desgracia cierto que el ejército aliado de Portugal, mandado por el marqués de las Minas y por el general inglés milord Galloway, se habia apoderado de Alcántara (14 de abril), rindiendo y haciendo prisioneros de guerra por capitulacion á diez batallones que la defendian con el gobernador mariscal don Miguel Gasco. Error grande de nuestros generales encerrar diez batallones en una plaza dominada por la montaña, para cuya defensa en lo posible habria sido igual uno solo (1). Pero esto provino,

(1) Los prisioneros que se hicieron fueron cuatro mil soldados efectivos, sin contar todos los gefes y oficiales, con quinientos soldados enfermos y heridos: se cogieron sesenta piezas de artillería de diferentes calibres; cinco mil fusiles; doscientos quintales de pólvora; mil ochocientas cajas de balas de fusil; mil quinientas balas de cañon; ochocientas bombas; tres mil fanegas de trigo; seis mil

dice un escritor español contemporáneo, de que el mariscal de Berwick, nombrado de nuevo general en jefe del ejército de la frontera portuguesa, obraba así por instrucción del duque de Borgoña, á quien este escritor supone siempre, y no infundadamente, autor del designio de ir arruinando la España. Y á la verdad, la conducta de Berwick no parecia abonar mucho su buen propósito. Porque habiendo pasado los aliados el Tajo, tomado de paso algunas villas, deteniéndose dos dias en Coria, y saliendo luego á buscar al de Berwick, que se fortificaba junto á Plasencia, fuése éste retirando, no obstante contar con diez batallones de infantería y cuatro mil ginetes, dejando á los enemigos que ocupáran á Plasencia (28^{ta} de abril). De retirada en retirada, y avanzando á su vez los aliados hasta el famoso puente de Almaráz (4 de mayo), ya habian comenzado á hacer minas para volarle; mas recelando dar lugar á que se uniera á Berwick el marqués de Bay con las tropas que guarnecian á Badajoz, discurrieron en consejo de guerra la direccion que deberian tomar: milord Galloway era de opinion de perseguir á Berwick hasta la capital, y hasta arrojarle de Castilla; el marqués de las Minas y los suyos fueron de parecer de ir á sitiár á Ciudad-Rodrigo, y este dictámen fué el que prevaleció.

de cebada; gran cantidad de vino, los.—Macanáz, Memorias, c. 52.
aceite y ganados; doce mil casacas —San Felipe, Comentarios.—Be-
nuevas, y doscientos cinco cabalando, Historia Civil, tom. I.

A vista de tantos peligros y reveses, la reina María Luisa que gobernaba el reino con su acostumbrada eficacia, hacia rogativas públicas, escribia á las ciudades, movia á los prelados, escitaba el patriotismo de los nobles, estimulaba á todos á la defensa del reino. Imponderable fué el entusiasmo con que las provincias leales respondieron á las escitaciones de la jóven soberana. Sevilla, Granada, todas las Andalucías se pusieron en armas y proporcionaron recursos de guerra. Ejecutó lo mismo Extremadura. Navarra y las Provincias Vascongadas hicieron donativos. La universidad y la iglesia de Salamanca ofrecieron sus rentas: Palencia y otras ciudades de Castilla dieron provisiones y dinero: los nobles de Galicia se armaron, y sus milicias penetraron en Portugal guiadas por don Alonso Correa. Los gremios de Madrid, el concejo de la Mesta, las órdenes militares que presidia el duque de Veragua, el corregidor y los capitulares de la villa, todos los nobles de la córte se regimentaron, y salieron á caballo, divididos en cuatro cuerpos, llevando por coroneles y cabos al corregidor y regidores y á los señores de la primera grandeza. Toda España se puso en armas y en movimiento, dispuesto cada uno á ir donde se le ordenára.

Los aliados entretanto rindieron á Ciudad-Rodrigo (fin de mayo, 1706), despues de resistir valerosamente por ocho dias el solo regimiento que con algunas milicias habia en la plaza. Ya se estaba viendo al

enemigo marchar sobre Madrid, y á impedirlo concurrían todas las tropas, en cuyo estado llegó el rey á la córte (6 de junio) de vuelta de su malhadada expedición á Barcelona. En el momento resolvió juntar cuanta gente pudiera, y salir él mismo á campaña, y así se lo participó á los Consejos. Mas como quiera que el enemigo se fuese aproximando á la capital, quiso poner en seguridad la reina por lo que pudiera sobrevenir, y dispuso que saliera á Guadalajara con todos los Consejos y tribunales. Verificóse así el 20 de junio (1706), y la mañana del día siguiente partió también el rey en dirección de Fuencarral, ofreciéndose á servirle y sacrificarse por él todos los moradores de la córte, á quienes enternecido manifestó su agradecimiento.

A tiempo salieron los reyes de Madrid. Porque el mismo día 20 se hallaba ya el ejército enemigo en el Espinar, y avanzando por el puerto de Guadarrama acampó el 24 á las cuatro leguas de Madrid, de donde al siguiente día se adelantó el conde de Villaverde con dos mil caballos á pedir á la córte la obediencia al rey Carlos III. de Austria. La córte se prestó á ello sin dificultad, porque así lo había dejado prevenido el mismo Felipe V. para evitar violencias y desgracias, y así se lo advirtió al corregidor don Fernando de Matanza, marqués de Fuente-Pelayo, en las instrucciones que le dejó, por cuya docilidad el conde de Villaverde le mandó continuar en su puesto hasta

nueva órden. Desde el 27 de junio hasta el 5 de julio acamparon los enemigos en la ribera del Manzanares desde el Pardo hasta la Granja de San Gerónimo. En este intermedio fué aclamado en Madrid el archiduque con el nombre de Carlos III. rey de España, pero presentando la poblacion tal aspecto de tristeza que mas parecia funcion de luto que fiesta de regocijo. En la Plaza Mayor, punto principal de la solemnidad, no habia mas concurrencia que la gente que asistia de oficio, y algunas turbas de muchachos á quienes milord Galloway y el marqués de las Minas mandaron arrojar dinero en abundancia para que echáran vivas; pero ellos gritaban: «Viva Carlos III. mientras dure el echarnos dinero.» Costó trabajo hallar un regidor que llevára el estandarte, porque todos se fingian enfermos. Advertíase cierto aire mustio en todos los semblantes, reflejo del disgusto y la pena que embargaba los corazones; y la prueba de que el sentimiento era general fué que en una capital tan populosa apenas llegaron á trescientas personas las que se mostraron espontáneamente adictas al nuevo soberano; solo la tropa se vistió de gala, y los generales del archiduque tuvieron muchas ocasiones de conocer cuánta era la adhesion de los castellanos al rey don Felipe (4).

(4) «Fué, dice un escritor contemporáneo, la funcion mas silenciosa que se ha visto del género. Por mas que voceaba la divisa amarilla de que se adornaron todos, no halló correspondencia, ni aun en los muchachos: y hallándose el marqués de las Minas á ver el acto en un balcon de la plaza Mayor, los provocó arrojando algunas monedas de oro y plata; accion que mudó el teatro